

EN RECUERDO DEL SOCIOLOGO Y COLUMNISTA DE ESTE DIARIO

Gonzalo Portocarrero



VÍCTOR
Vich

Facultad de Letras y
Ciencias Humanas, PUCP

En este espacio, Gonzalo Portocarrero debía publicar hoy su columna quincenal, como venía haciendo desde hace mucho. Ahora que ya no está con nosotros, y en su homenaje, uno de sus mejores amigos le escribe a él.

La interdisciplinariedad no puede ser entendida como un simple “diálogo” de disciplinas sino como la deconstrucción de la propia disciplina a partir de los aportes y las perspectivas de todas las demás. Desde esa premisa, Gonzalo Portocarrero entendió siempre su propio trabajo como maestro universitario y como sociólogo. Para él, la sociología se enriquecía utilizando herramientas provenientes de la historia, de la filosofía, del psicoanálisis, de la literatura y de la teoría crítica contemporánea. Si hoy todos reconocemos el alto valor académico de sus ensayos, es justamente por su radical heterodoxia. A diferencia de lo que hoy suele suceder en algunos sectores de la universidad peruana, Gonzalo nunca hablaba desde un lugar determinado: nunca se atrincheró en su propia disciplina y, más bien, siempre combatió todo feudo disciplinario o toda defensa particularista.

Cuando regresé al Perú en el 2000, yo ya conocía a Gonzalo, pero recién en esa época comenzamos a hacernos verdaderos amigos y construir un profundo diálogo intelectual del que, sin duda, fui el más beneficiado. De manera incansable, armamos distintos grupos de lectura, participamos de varios eventos, organizamos muchos seminarios, escribimos artículos juntos y editamos varios libros. Gonzalo, por su parte, lideraba el grupo de los “zorros” (que tanto quiso) y desde

ahí promovía el trabajo en equipo. Todo ello terminó por materializarse en la necesidad de construir una maestría de estudios interdisciplinarios. Recuerdo muchas reuniones al respecto y sobre todo discusiones en torno a cómo debería llamarse. Al principio, yo no estaba tan seguro de llamarla “Estudios culturales” porque intuía los prejuicios y estereotipos existentes (pensábamos en “Sociología de la cultura”, “Crítica cultural”), pero Gonzalo me dijo insistiendo: “Los estudios culturales son ya un campo internacionalmente establecido del que tenemos que ser parte. Será nuestra manera de dialogar con la academia contemporánea”.

Además de sociólogo, Gonzalo fue un agudísimo crítico de arte. Hoy recuerdo grandes conversas sobre los cuentos de Clarice Lispector, sobre muchas películas de cine, sobre artistas de la plástica actual, sobre la poesía peruana y sobre Ana Karenina que leímos juntos durante un verano. Muchas de estas imágenes servían para retar a distintas teorías sociales que, durante los últimos 20 años, leímos y discutimos juntos con mucha pasión. A mediados de los 2000, cuando esa práctica todavía no era común en la universidad, le



ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

“Gonzalo tenía una capacidad para interesarse por todo y para conversar con todos por igual”.

propusimos a la Facultad de Letras dictar un curso sobre autores que partían del marxismo pero que lo reescribían o reinterpretaban a partir del postestructuralismo, las enseñanzas lacanianas o la reconsideración poscolonial. Juntos armamos un sílabo y tuvimos la suerte de que se matricularan alumnos brillantes. Con sorpresa, y con el pasar de las semanas, este curso se fue poblando no solo de nuevos alumnos interesados sino de colegas como nosotros. Muchos de los que estuvimos ahí no podremos olvidar jamás ese semestre.

El año pasado, cuando solía visitarlo en su casa, Gonzalo me comentaba desconcertado sobre el nuevo positivismo imperante en la academia actual. Juntos recordamos una notable frase de Mariátegui, autor que Gonzalo admiraba tanto: “El racionalismo no ha servido sino para desacreditar a la razón”. No quiero, en este caso, seguir contando hechos y, menos aun, puedo ahora simbolizar todo lo que Gonzalo nos deja. Pero sí me gustaría añadir su capacidad de interesarse por todo y para conversar con todos por igual. A Gonzalo Portocarrero lo recordaremos con todo el corazón: por su entrañable horizontalidad para ser intelectual, para ser maestro y gran amigo. La práctica de la horizontalidad es uno de sus grandes legados. La muerte es la muerte, es cierto; pero quizá haya algo que no muere. A través de tus libros, ten por seguro que seguiremos hablando de muchas cosas, “compañero del alma, compañero”.

Nota del editor: una versión de este artículo fue publicada en “Edu”, publicación interna de la PUCP, el 25 de marzo del 2019.

RINCÓN DEL AUTOR

De mendigos a millonarios



PATRICIA
del Río

Periodista

El conflicto de Las Bambas es un buen termómetro de lo que ocurre en nuestro país: un Estado ausente, empresas que tienen que desarrollar sus actividades donde viven las comunidades más pobres del Perú, y la parte más terrible de esta historia, un Perú urbano —con aires de superioridad— que se enfrenta a uno rural, al que discrimina.

La sola existencia de pueblos que son dueños de las tierras donde se hará la inversión es considerada un problema. Las empresas asumen que van a lidiar con grupos aprovechadores y chantajistas. Por eso, ofrecen compensaciones, inversión social, y tratan de llegar a acuerdos.

Y todo eso está muy bien, hasta que surge un conflicto como el que mantienen la comunidad de Fuerabamba con la minera y en donde, más allá de si sus demandas son válidas o no, empezamos a escuchar argumentos que dan cuenta de la asimetría en esta relación:

Está el condescendiente. “Se les ha construido una ciudad con casas de 500 metros”. Sí, pero no lo hicieron de favor, era lo que correspondía por tener que mo-

vera a todo el pueblo para poder extraer el valiosísimo cobre. Otra cantaleta es: “se les ha pagado un montón de plata y andan en 4x4”. En realidad, se les ha pagado por sus tierras cuyo valor, desde el momento en el que la minera las necesitaba para operar, subió de forma exorbitante. Nadie les regaló nada. “Quieren más plaaaata”, gritan algunos, como si enriquecerse fuera un derecho exclusivo de los empresarios.

Si las negociaciones que plantean tienen asidero es materia de otro análisis, pero resulta increíble escuchar, conflicto tras conflicto, cómo el hecho de que los comuneros quieran dinero a cambio de sus tierras es, de plano, un despropósito.

Las tomas de carreteras y los bloqueos no son negociables y deben ser reprimidos. En eso estamos todos de acuerdo. Todos coincidimos en que si por un terreno pasa un camino o carretera, el propietario no tiene derecho a impedir que otros transiten. No vamos a resolver en este artículo si el camino en disputa existía o no antes de que se le entregara el terreno a la comunidad de Fuerabamba; pero nunca he visto que se acuse de agitadores o chantajistas a todos aquellos que han enrejado las calles de sus urbanizaciones para impedir el paso libre de los ciudadanos, o a esos otros que se construyeron clubes cerrando el acceso a las playas que son de todos.

Los comuneros no son unos santos y los empresarios no son unos desgraciados, el asunto no es tan sencillo ni tan maniqueo. Pero el discurso que se usa para hablar de las comunidades es paternalista y discriminatorio: “se les ha dado”, “están pidiendo”, “se creen con derecho”. Bueno pues, la economía de mercado lo empoderó. Ahora saben que su tierra cuesta. Bienvenidos al capitalismo. Si queremos vivir bajo este modelo económico, ya es hora de respetar al otro y considerarlo un igual con el que hay que negociar y no un pobre “indiecito” al que se le dan cosas para que no se queje.

EL DISEÑO DE LA REGULACIÓN ECONÓMICA

¡Pensión sin comisión!



DIEGO
Macera

Gerente general del Instituto
Peruano de Economía (IPE)

Desde la clase política peruana, a veces se cree que, por el simple hecho de poner algo en papel, exactamente eso sucede, al margen de la realidad o de las instituciones responsables de hacer cumplir la nueva y bienintencionada norma. Y no pocas veces se equivoca. Las rígidas y caras leyes laborales, por ejemplo, en vez de proteger a la mayoría, crean más informalidad y desprotección. La sobrerregulación en asuntos como el financiamiento partidario o el lobby empujan a algunos a intercambios aun más opacos. En general, cualquier norma que valga la pena necesita, como mínimo, instituciones capaces de verificar su cumplimiento. Si no, la lavada puede salir más cara que la camisa.

Solo en los últimos meses, tres propuestas de enorme importancia se han puesto sobre la mesa, que ponen a prueba este principio básico. La primera es la reactivación de la norma antielusiva general. La ley es, en general, positiva: el fisco pierde hasta medio punto del PBI por la elusión y debe combatir a esos malos contribuyentes con armas tributarias modernas y legítimas. El objetivo es generar más ries-

go para los elusores. Sin embargo, al margen de los aspectos puntuales a corregir —como su eventual retroactividad—, la verdadera preocupación debe estar en la capacidad de la Sunat de hacer cumplir la norma sin que esta sea letra muerta, pero sin cometer excesos.

Por su propia naturaleza, una ley antielusiva general evita ser demasiado específica sobre qué es, exactamente, una práctica elusiva, y deja margen a la administración tributaria para definir qué es una operación legítima de negocio y qué no. En varios países que la tienen, la norma funciona más como una amenaza que autorregula el comportamiento de las empresas que como un gran garrote a ser usado con discreción y regularidad. A la Sunat se le estaría dando, pues, un gran garrote. Y, mal utilizado, este sería mucho más destructivo que el medio punto de PBI que se deja de recaudar.

La segunda propuesta es la debatida norma sobre el control previo de fusiones. Como en el caso anterior, hay puntos específicos que preocupan: el umbral a partir del cual se activa el control, la regulación especial para el sector financiero a cargo de la SBS, entre otros. No obstante, lo fundamental es el fortalecimiento de la institución responsable de ejecutar la ley: el Indecopi. Si al Estado se le va a dar la facultad de decidir sobre el futuro de operaciones económicas de cientos de millones de soles, por lo menos se debe asegurar que tome la decisión con absoluto profesionalismo e independencia. ¿Tiene Indecopi hoy murallas institucionales suficientes para mantener a

raya cualquier influencia política indebida que pueda enfrentar en el futuro?

Finalmente, la propuesta para convertir a la ONP en una AFP pública que compita con las privadas también pone presión sobre el Estado. Que se tiene que reformar la ONP es una verdad absoluta, y hacer el tránsito hacia cuentas individuales es la salida correcta. Sin embargo, es legítimo preguntarse si el aparato público —y político— tienen la disciplina suficiente para competir en igualdad de condiciones con los privados; o si puede, más bien, caer en la tentación populista por la cual el rol del Estado es subsidiario en la economía según la Constitución. “Pensión sin comisión”, después de todo, es un bonito eslogan.

¿Significa esto que las normas antielusivas y de control de fusiones, así como la AFP pública, son mala idea? No necesariamente, pero sí vale preguntarse por el riesgo que involucran con un sector público todavía expuesto a influencia política y empresarial indebida, o a llana incompetencia. Que la Sunat, el Indecopi, la SBS y la ONP estén hoy liderados por profesionales competentes no asegura que ello se mantenga (y el 2021, como sabemos, está a la vuelta de la esquina). Es inviable tener normas modernas, de Primer Mundo, si las instituciones a cargo de ellas no están a la misma altura.

En un evento organizado por el IPE el martes pasado, el presidente del Indecopi, Ivo Gagliuffi, afirmó que, si no le daban a su institución las garantías y recursos adecuados para ejercer el control de fusiones, mejor no le dieran nada. Estamos todos de acuerdo.